

*Caballeros de Colón presenta
La Serie Luke E. Hart
Elementos Básicos de la Fe Católica*

FE

PRIMERA PARTE • SECCIÓN UNA DE
CRISTIANISMO CATÓLICO

*¿Qué cree un católico?
¿Cómo rinde culto un católico?
¿Cómo vive un católico?*

Basado en el
Catecismo de la Iglesia Católica

por
Peter Kreeft

Editor General
Padre Gabriel B. O'Donnell, O.P.
Director de Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Nilil obstat: (provisto para el texto en inglés)

Reverend Alfred McBride, O.Praem.

Imprimatur: (provisto para el texto en inglés)

Bernard Cardinal Law
19 de diciembre de 2000

El *Nilil Obstat* y el *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o cuadernillo está libre de error doctrinal o moral. Estas autorizaciones no implican de forma alguna que quienes han otorgado el *Nilil Obstat* y el *Imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas.

Derechos de Autor © 2001 del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
Todos los derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* están tomadas de la traducción al español del *Catecismo de la Iglesia Católica, Segunda Edición: Modificaciones basadas en la Editio Typica*, Derechos de Autor © 1997, United States Catholic Conference, Inc.-Librería Editrice Vaticana.

Las citas de las Escrituras contenidas aquí están adaptadas en la versión en inglés del Revised Standard Version of the Bible, copyright © 1946, 1952, 1971, y de New Revised Standard Version of the Bible, copyright © 1989, por la División de Educación Cristiana del Concilio Nacional de las Iglesias de Cristo en los Estados Unidos de América, y se utilizan con autorización. Todos los derechos reservados.

Para la versión en español se ha usado la Biblia de Jerusalén, © Desclée de Brouwer, Bruxelles, (Belgium).

Los pasajes en inglés del Código de Ley Canónica, edición Latina/Inglés, se usan con autorización, derechos de autor © 1983 Canon Law Society of America, Washington, D.C.

Las citas de documentos oficiales de la Iglesia, en la versión en inglés, de Neuner, Josef, SJ, y Dupuis, Jacques, SJ, eds., *The Christian Faith: Doctrinal Documents of the Catholic Church*, 5ta ed. (New York: Alba House, 1992). Usado con autorización.

Citas en inglés del Concilio Vaticano II: *The Conciliar and Post Conciliar Documents*, New Revised Edition editada por Austin Flannery, OP, derechos de autor © 1992, Costello Publishing Company, Inc., Northport, NY, se usan con autorización de la editorial, todos los derechos reservados. Ninguna parte de estas citas puede ser reproducida o transmitida por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso específico de Costello Publishing Company.

Para esta versión en español, los textos del Concilio Vaticano II están tomados de *Documentos Completos del Vaticano II*, derechos reservados © Editorial: El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, España.

Portada: © Shaffer Photography

Ninguna parte de este cuadernillo puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso escrito del editor. Escribir a:

Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
P.O. Box 1971
New Haven, CT 06521

Impreso en los Estados Unidos de América

PREFACIO GENERAL PARA LA SERIE

Consideré llamar esta serie *Mero Catolicismo*, puesto que trata de presentar simplemente los datos esenciales, en vez de una interpretación particular, de la fe católica, como hizo C.S. Lewis hace medio siglo en *Mero Cristianismo* para la fe cristiana en general.

Como los conversos del protestantismo (como yo) encuentran, un católico cristiano es simplemente un cristiano completo. Un católico cristiano es un cristiano “de evangelio total”, un cristiano universal o completo (“católico” significa “universal”). Según señaló Lewis en el prefacio de *Mero Cristianismo*, “mero” cristianismo no es algún denominador más bajo y abstracto al que se ha llegado eliminando una a una las diferencias entre protestante y católico, o entre una clase de protestante y otra. Es una cosa real y concreta; y así es el catolicismo en su plenitud, no eso más algo adicional.

Lejos de alejar a los católicos de los protestantes, esto los unifica en el centro. La parte del viejo *Catecismo de Baltimore* que un protestante afirmaría con mayor énfasis es su corazón y esencia, que viene justo al principio: “¿Por qué Dios te hizo? Dios me hizo para conocerlo, amarlo, y servirle

en este mundo y para disfrutarlo para siempre en el próximo”. Y la parte del *Catecismo Heidelberg*, protestante, que un católico afirmaría con mayor énfasis es su corazón, que también se encuentra al principio: “¿Cuál es tu único consuelo en la vida y en la muerte? Que pertenezco – cuerpo y alma, en la vida y en la muerte – no a mí mismo sino a mi fiel salvador Jesucristo, quien a costo de su propia sangre pagó totalmente por todos mis pecados y ... nos hace sinceramente dispuestos y listos de ahora en adelante a vivir para él”.

También pensé en llamar la serie *¿Qué es un católico?* El énfasis debería estar en la palabra “es”. Pero muy pocas veces es así. Cuando le pregunto a mis estudiantes qué es un católico, me dicen lo que un católico cree, o (menos frecuente) cómo se comporta un católico, u (ocasionalmente) cómo un católico rinde culto. Esas son las tres partes de esta serie. En efecto, el *Catecismo de la Iglesia Católica* tiene cuatro partes: La Profesión de la Fe, La Celebración del Misterio Cristiano, La Vida en Cristo, y La Oración Cristiana. Nuestras tres partes están diseñadas para condensar un poquito y seguir básicamente el orden de las cuatro partes del *Catecismo*. Así, tenemos en primer lugar lo que creemos, y en la segunda cómo oramos, y en la tercera cómo nos comportamos. La raíz de las tres, y el principio unificador de las tres, es el nuevo ser, la vida sobrenatural, la “gracia santificante”, que es la misma presencia de Dios en nosotros. El *Catecismo* nunca pierde de vista esta esencia y por consiguiente de esta unidad entre todas sus partes. Es la misma cosa, la misma realidad, que 1) El Credo define, 2) los sacramentos comunican, 3) los mandamientos imponen. Por consiguiente, al comienzo de su sección sobre moralidad, el *Catecismo* vincula las tres y dice: “Lo que confiesa la fe, los sacramentos lo comunican: por ‘los sacramentos que les han

hecho renacer’, los cristianos han llegado a ser ‘hijos de Dios’, [Jn 1,12; 1 Jn 3,1], ‘partícipes de la naturaleza divina’ [2P 1,4]. Los cristianos, reconociendo en la fe su nueva dignidad, son llamados a llevar en adelante una ‘vida digna del Evangelio de Cristo’ [Flp 1,27]. Por los sacramentos y la oración reciben la gracia de Cristo y los dones de su Espíritu que les capacitan para ello” (C 1692). Cada parte de este cuerpo orgánico que es la fe católica está vinculada por medio de su corazón, que es Cristo mismo, “este misterio que es Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria” (Col 1,27). Así es como San Pablo resume el misterio central de la fe, y por consiguiente así es cómo el “nuevo” *Catecismo* lo enseña, y por lo tanto así es como esta serie lo enseña. Su especialidad peculiar es no especializar; su ángulo peculiar es no tener ángulo alguno, sino permanecer justo en el centro.

Hace medio siglo una serie de esta naturaleza hubiera sido superflua, puesto que los católicos sabían entonces veinte veces más de lo que saben ahora sobre todo en su fe: su esencia, y su teología, y su moralidad, y su liturgia, y su oración; y se estaban escribiendo veinte veces más series como ésta. La necesidad era menor, y la oferta era mayor. Hoy la necesidad es mucho mayor y la oferta es mucho menor. Puesto que “la naturaleza detesta un vacío”, espiritualmente así como físicamente, ofrezco esta serie no original de “datos básicos” a los católicos a quienes se les han robado los datos básicos de su patrimonio.

Por primera vez desde el Concilio de Trento en el siglo dieciséis, la Iglesia ha autorizado un catecismo universal oficial, el *Catecismo de la Iglesia Católica*. La crisis y la necesidad actual son las mayores desde la Reforma. Ahora todos los católicos tienen un volumen de trabajo de referencia, sencillo y claro, para responder a todas las

preguntas básicas sobre lo que la Iglesia enseña oficialmente. Ya no hay excusa alguna por la ignorancia, ambigüedad, o sesgo ideológico que esté de moda (de *cualquier* ángulo) que haya sido común durante más de una generación. Nadie puede ser hoy un católico educado sin tener una copia de este *Catecismo* y referirse a él constantemente. Que nadie lea estos cuadernillos en vez de aquél.

El objetivo señalado del *Catecismo* (refirámonos a él de ahora en adelante sólo con la letra C) se definió de la siguiente forma: “Este catecismo tiene por fin presentar una exposición orgánica y sintética de los contenidos esenciales y fundamentales de la doctrina católica, tanto sobre la fe como sobre la moral, a la luz del Concilio Vaticano II y del conjunto de la Tradición de la Iglesia. Sus fuentes principales son la Sagrada Escritura, los Santos Padres, la Liturgia y el Magisterio de la Iglesia. Está destinado a servir ‘como un punto de referencia para los catecismos o compendios que se han compuesto en los diversos países’⁸” (C 11).

Esta serie de cuadernillos es un intento de ser nada más ni nada menos que una extensión de éste.

UNA PALABRA SOBRE ESTA SERIE

Este folleto es uno de una serie de 30 que ofrece una expresión familiar de elementos principales del *Catecismo de la Iglesia Católica*. El Papa Juan Pablo II, bajo cuya autoridad se publicó el Catecismo en 1992, instó a que se prepararan versiones de esta naturaleza para que cada pueblo y cada cultura puedan apropiarse de su contenido como si fuera suyo.

Los folletos no sustituyen el *Catecismo*, pero se ofrecen sólo para hacer más accesible su contenido. La serie es a veces poética, familiar, festiva e imaginativa; en todo momento busca ser fiel a la fe. A continuación los títulos de nuestra serie.

Parte I: Lo que los católicos creen (Teología)

Sección 1: Fe

Sección 2: Dios

Sección 3: Creación

Sección 4: La persona humana

Sección 5: Jesucristo

Sección 6: El Espíritu Santo

Sección 7: La Santa Iglesia Católica

Sección 8: El perdón de los pecados

Sección 9: La resurrección del cuerpo

Sección 10: La vida eterna

Parte II: Cómo rezan los católicos (Culto)

Sección 1: Introducción a la liturgia católica

Sección 2: Introducción a los sacramentos

- Sección 3: Bautismo y confirmación
- Sección 4: La Eucaristía
- Sección 5: Penitencia
- Sección 6: Matrimonio
- Sección 7: Orden y Unción de los enfermos
- Sección 8: Oración
- Sección 9: El Padre Nuestro
- Sección 10: María

Parte III: Cómo viven los católicos (Moralidad)

- Sección 1: La esencia de la moralidad católica
- Sección 2: La naturaleza humana como base de la moralidad
- Sección 3: Algunos principios fundamentales de moralidad católica
- Sección 4: Virtudes y vicios
- Sección 5: Los Tres Primeros Mandamientos: Deberes hacia Dios
- Sección 6: El Cuarto Mandamiento: Moralidad familiar y social
- Sección 7: El Quinto Mandamiento: Temas morales sobre la vida y la muerte
- Sección 8: El Sexto y Noveno Mandamientos: Moralidad sexual
- Sección 9: El Séptimo y Décimo Mandamientos: Moralidad económica y política
- Sección 10: El Octavo Mandamiento: La verdad

PRIMERA PARTE: LO QUE LOS CATÓLICOS CREEN (TEOLOGÍA)

SECCIÓN 1: FE

1. Por qué necesitamos la fe

Necesitamos la fe porque nuestro mundo está lleno de muerte.

Y nosotros también lo estamos. Cada uno de nosotros morirá. Así también cada nación. Muchos individuos y naciones también matarán. Nuestro mundo siempre ha sido un mundo en guerra consigo mismo, porque ha estado en guerra con Dios. “No estamos en paz con otros porque no estamos en paz con nosotros mismos. Y no estamos en paz con nosotros mismos porque no estamos en paz con Dios” (Thomas Merton).

La naturaleza humana no cambia. Hoy vivimos en lo que el Vicario de Cristo ha llamado “la cultura de la muerte”, una cultura que mata niños antes de nacer y mata la niñez tras nacer, mata la inocencia y la fidelidad y familias. ¿Cuál es la respuesta a esta cultura de muerte?

Fe. La fe católica es la respuesta.

La fe en el Dios que no nos ha dejado a oscuras, sino que se ha revelado como nuestro creador; quien, debido a su amor, nos diseñó para una vida de amor, en este mundo y el próximo.

Fe en el Evangelio, la Buena Nueva del hombre que dijo que era Dios venido del cielo para morir en la cruz para

salvarnos del pecado y para resucitar de la tumba para salvarnos de la muerte.

Fe en la Iglesia que nos dejó como su cuerpo visible en la tierra facultado por su Espíritu, autorizado para enseñar en su nombre, con su autoridad: para invitarnos a creer la verdad de su Evangelio, para vivir de su amor, y para celebrar los sacramentos de su presencia.

Esta Iglesia es nuestra luz segura y cierta en este mundo bello pero roto.

La fe es la respuesta al temor. Bien profundo todos tenemos miedo: del sufrimiento, o de morir, o del juicio de Dios, o de lo desconocido, o de la debilidad, o de que nuestras vidas discurran fuera de nuestro control, o de no ser comprendidos y amados. Pecamos porque tememos. Intimidamos porque somos cobardes.

La fe desplaza temor, así como la luz desplaza la oscuridad. Dios ha brillado su luz en nuestro mundo, y es más fuerte que la oscuridad (Jn 1,5).

Esa luz es Jesucristo.

2. El papel de la fe en la religión

Una de las explicaciones que se dan a la palabra “religión” es que proviene de *religare* en latín y significa “relación” - relación con Dios.

Todas las religiones tienen tres aspectos: credo, culto y código; palabras, rendir culto y obras; teología, liturgia y moralidad.

Así este curso de religión católica tiene tres partes: 1) lo que los católicos creen, 2) cómo oran los católicos, y 3) cómo viven los católicos.

Estas también son las tres inquietudes del *Catecismo de la Iglesia Católica*. (El *Catecismo* divide en dos la segunda inquietud: culto público y oración privada; por eso tiene cuatro partes).

Toda la religión proviene de la fe. La moralidad es vivir la fe. La liturgia es la celebración de la fe. La oración es lo que la fe realiza.

La fe católica está resumida en los doce artículos del Credo de los Apóstoles.

La liturgia católica está resumida en la Misa y los siete sacramentos.

La nación católica está resumida en las siete peticiones del Padrenuestro.

La moralidad católica está resumida en los Diez Mandamientos.

El Credo de los Apóstoles es la enseñanza de *Cristo* y sus apóstoles. Especifica lo que creemos cuando creemos las enseñanzas de *Cristo*.

Los Diez Mandamientos especifican la forma de obedecer los dos grandes mandamientos de *Cristo*: amar a Dios y al prójimo.

La Misa hace a *Cristo* verdaderamente presente y los sacramentos son sus acciones.

El Padrenuestro es la respuesta de *Cristo* al pedido de sus discípulos: “Enséñanos a orar”.

Así, toda la fe católica está resumida en *Cristo*.

3. *El acto de fe y el objetivo de la fe*

¿Qué queremos decir por “fe”?

Tenemos que distinguir el *acto humano* de la fe del *objeto divino* de la fe, *nuestra* fe de *La Fe*, el acto de creer debido a la verdad que se cree.

El acto de fe es nuestro. Nosotros escogemos creer o no creer.

¿Crear *qué*? Lo que Dios ha revelado, la revelación divina. Ese es el objeto de la fe.

El acto de fe es relativo a su objeto. Nosotros no “simplemente creemos”, creemos en *Dios*: y nosotros simplemente no creemos en *cualquier* dios, creemos en el verdadero Dios, el Padre de Jesucristo, como se nos ha revelado a través de la Iglesia, sus credos, y su Biblia.

El *Catecismo* describe el acto de fe de esta forma: “La fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela” (C 166). La fe es una *respuesta a datos*, a la que se ha *dado* (*datos* significa “cosas dadas”) a nosotros por Dios – o sea, una respuesta a la revelación divina. La fe no es un sentimiento que elaboramos dentro de nosotros mismos. La fe tiene datos así como los tiene la ciencia. Pero los datos de la fe no son la clase de cosa que el método científico puede describir, o probar, o entender. Dios no cabe en un tubo de ensayo. No es visible al ojo, sólo a la mente (cuando así es prudente) y al corazón (cuando es puro).

4. Fe y credos

La Iglesia siempre ha resumido el objeto de fe (lo *que* ella cree) en sus credos, especialmente el primero y mas básico, el Credo de los Apóstoles, que recitamos al comienzo de cada rosario; y el Credo de Nicea, que recitamos en cada misa dominical.

Se les llama “credos” porque comienzan con “creo”, que en latín es “credo”.

El objeto último de la fe no son los credos, sino Dios. Los credos definen lo que creemos sobre Dios. (No definen a

Dios mismo. No se puede definir a Dios. Sólo las cosas finitas se pueden definir). El *Catecismo* dice: “No creemos en las fórmulas sino en las realidades que éstas expresan...” (C 170). Santo Tomás de Aquino dice: “El acto (de fe) del creyente no se detiene en el enunciado, sino en la realidad (enunciado)”.⁴⁵ Los credos son como mapas precisos de carreteras; son necesarios, pero no son suficientes. El mirar un mapa de carreteras no es sustituto de hacer el viaje.

Por eso, “La fe es ante todo una *adhesión personal* del hombre a Dios (C 150). Pero, “es al mismo tiempo e inseparablemente *el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado*” (C 150). Creemos todas las verdades que Dios nos ha revelado (que se resumen en los credos) *porque* creemos en Dios, “quien no puede engañar ni ser engañado”.

5. “*El depósito de la fe*” y la “*Tradición*”

Lo que la Iglesia enseña, y resume en sus credos, no fue inventado por la Iglesia. Jesucristo, Dios en la carne, se la entregó a ella. Es por eso que se llama “Sagrada Tradición” – “sagrada” porque proviene de Dios, no del hombre, y “tradición” porque le fue transmitida (la palabra “tradición” significa “transmitida” en latín).

““El depósito sagrado”⁴⁸ de la fe (*depositum fidei*), contenido en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura, fue confiado por los apóstoles al conjunto de la Iglesia” (C 84).

La Iglesia nos da su Tradición como una madre le da a su hijo la ropa usada por otros hermanos y hermanas mayores.

Pero contrario a cualquier ropa mundana, esta ropa es indestructible porque no está confeccionada con lana o algodón sino con la Verdad. Fue inventada por Dios, no por el hombre. Esta “Tradición” (con “T” mayúscula) tiene que

diferenciarse de todas las otras tradiciones humanas (con “t” minúscula).

La Iglesia siempre ha sido, es, y siempre tiene que ser fiel a su depósito de fe. Son sus datos; ella no es su autora ni editora sino solo su cartero. Es la correspondencia de Dios. Es sagrada. No tiene la autoridad de cambiarla o de eliminarle alguna parte, no importa cuán impopular se convierta para una sociedad humana particular o para un individuo. Por eso no se pueden aprobar tales cosas como la fornicación, el divorcio, la anticoncepción o la sodomía, aun en la actualidad.

Esto no significa que la fe no puede cambiar. Cambia constantemente - pero al crecer desde adentro, como una planta viva, no por medio de la alteración o la construcción desde afuera, como una máquina o fábrica - o una ideología, filosofía o sistema político hecho por el hombre. La Iglesia puede explorar más aún y explicar e interpretar su depósito de fe original, extrayendo más y más de su propio significado interno y aplicándole a los tiempos cambiantes - y en ese sentido ella lo “cambia” al expandirlo; pero no lo puede cambiar reduciéndolo. No lo puede conformar a las demandas del mundo secular. Ella obedece a una autoridad más alta.

6. Fe y progreso

La fe católica progresa constantemente, de la forma como se explicó arriba (creciendo como una planta). No necesita que la empujen para activarla, como si fuera un auto cuyo motor no prende. El tratar de *hacer* la fe más “progresiva” es asumir que es un artefacto hecho por el hombre más que un organismo plantado por Dios. Siempre que la Iglesia rechaza una herejía, rechaza algún crecimiento

externo de este organismo, como un parásito o una lapa. Cuando define sus dogmas (artículos de fe), ella simplemente está madurando su fruto.

Este “desarrollo de doctrina” (el término que usa el cardenal John Henry Newman) es tanto “conservador” como “progresivo” a la misma vez y por la misma razón (ver Mt 13,52). Puesto que sus datos, la revelación divina, están tanto terminados (por eso los conserva) y continúan en curso (por eso los ayuda a que progresen).

El desarrollo de la doctrina está finalizado porque el Depósito de Fe fue dado en su totalidad por Cristo hace 2000 años. Ella tiene todos sus datos. Nunca tendrá nuevos datos, porque “Cristo ... es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta”. “... Porque lo que hablaba antes en partes a los Profetas ya lo ha hablado todo en Él ... su hijo³³” (C 65).

El desarrollo de la doctrina continúa en curso porque los datos están vivos, y da frutos nuevos - no nuevos en tipo, como si los manzanos dieran peras, sino nuevos en tamaño y belleza, manzanas más grandes y mejores. “Sin embargo, aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos” (C 66). Por ejemplo, la doctrina de la Iglesia sobre las naturalezas divina y humana de Cristo, sobre la Trinidad, sobre el canon de Escritura (la lista de libros en la Biblia), sobre los siete sacramentos, sobre la naturaleza de la Iglesia, sobre la autoridad del Papa, sobre María, y sobre la ética social todos se han desarrollado de esta forma.

7. Fe y Escritura

La Iglesia Católica, “a la cual está confiada la transmisión y la interpretación de la Revelación, ‘no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado. Y así se han de recibir y respetar con el mismo espíritu de devoción’⁴⁷” (C 82). Es decir, las Escrituras y la Tradición tienen que ser aceptadas y honradas.

La mayoría de los protestantes rechaza todas las doctrinas católicas que no pueden encontrar explícitamente en las Escrituras - por ejemplo la Asunción de María al cielo - porque creen *sola scriptura*: que las Escrituras únicamente son la autoridad infalible. Esta es la razón fundamental de las diferencias entre la teología protestante y la católica.

Hay por lo menos seis razones para rechazar la idea de *sola scriptura*:

- 1) Ningún cristiano jamás lo enseñó durante los primeros 16 siglos cristianos, hasta Lutero.
- 2) La primera generación de cristianos ni siquiera *tuvo* el Nuevo Testamento.
- 3) Sin una única Iglesia Católica (“católico” significa “universal”) para interpretar las Escrituras con autoridad, el protestantismo se ha dividido en más de 28,000 “iglesias” o denominaciones diferentes.
- 4) Si las Escrituras son infalibles, como los protestantes tradicionales creen, entonces la Iglesia tiene que ser infalible también, puesto que una causa falible no puede producir un efecto infalible, y la Iglesia produjo la Biblia. La Iglesia (los primeros obispos, los Apóstoles) escribió el Nuevo Testamento, y la Iglesia (los obispos posteriores) definieron su canon.
- 5) Las Escrituras mismas llaman la *Iglesia* “columna y fundamento de la verdad” (1 Tm 3,15).

- 6) Y las Escrituras mismas nunca enseñan *sola scriptura*. Por eso, *sola scriptura* es *auto-contradictoria*.

Y aun la Iglesia es el siervo de las Escrituras, así como un maestro es fiel a su libro de texto. Su Libro se torna vivo cuando el Espíritu Santo enseña a través de ella, así como una espada se torna viva en las manos de un gran espadachín (ver Heb 4,12).

Algunos de los principios más importantes para *interpretar* las Escrituras son:

- 1) Todas las Escrituras son un cuadro escrito de Cristo. “La Palabra de Dios” en palabras (Escrituras) trata sobre “La Palabra de Dios” en la carne (Cristo).
- 2) Por consiguiente, el Viejo Testamento debe ser interpretado en torno al Nuevo (y viceversa), puesto que Cristo “no vino a abolir, sino a dar cumplimiento a la Ley y los Profetas” (Mt 5,17).
- 3) Los santos son los mejores intérpretes de las Escrituras, puesto que sus corazones están más cerca del corazón de Dios, el autor primario de las Escrituras. Cristo dijo: “Si alguno quiere cumplir su voluntad, verá si mi doctrina es de Dios o hablo yo por mi cuenta” (Jn 7,17).
- 4) Los Evangelios son el corazón de todas las Escrituras. Los santos no encontraron mejor material para meditación que éstos (C 125-27).
- 5) Interprete cada pasaje en su contenido - tanto el contexto inmediato del pasaje y el contexto en general de toda la Biblia en su unidad, todas las partes coherentes juntas.
- 6) Las Escrituras deberían interpretarse desde dentro de la tradición viviente de la Iglesia. Esto no es

estrecho ni limitante, sino expansivo y profundo. Es también razonable; porque supongamos que un autor vivo hubiera escrito un libro hace muchos años y hubiera estado enseñando ese libro cada día: ¿quién podría interpretar ese libro mejor que ella?

8. *Fe y la autoridad de la Iglesia*

“El Magisterio de la Iglesia ejerce plenamente la autoridad que tiene de Cristo cuando define dogmas ...” (C 88). (Nota que la Iglesia *define* dogmas, no las *inventa*).

Estos “dogmas”, o doctrinas fundamentales, se llaman también “misterios” de la fe. “Hay misterios naturales (por ejemplo, el tiempo, la vida, el amor), como hay misterios sobrenaturales (por ejemplo, la Trinidad, la Encarnación, la Transubstanciación). Los misterios naturales son como el sol, que nos permiten ver durante el día, mientras que los misterios sobrenaturales de la fe son como las estrellas, que nos permiten ver de noche... Aunque no vemos tan bien de noche, sin embargo podemos ver mucho más lejos – en las mismas profundidades del espacio exterior” (Scott Hahn, *Catholic for a Reason*) [Católico por una razón].

Se les llama “misterios” porque no los habríamos descubierto por nuestro propio razonamiento (ni tampoco los podemos comprender en su totalidad), pero Dios nos lo reveló de acuerdo con la “necesidad de saber”, puesto que conciernen nuestro destino final, nuestra salvación eterna, y el camino para alcanzarla.

Porque es tan necesario de que los conozcamos, Dios no nos dejó sólo maestros falibles e inciertos. Las Sagradas Escrituras, la Sagrada Tradición y el *Magisterium* vivo de la Iglesia cuando define dogma, son todos *infallibles* (preservados de error), *indudable* (puesto que Dios no

puede engañar ni ser engañado), y autorizado (obligatorio a la conciencia).

La Iglesia es nuestra “Madre y Maestra” (*Mater et Magistra*). “La salvación viene sólo de Dios [nuestro Padre celestial]; pero como recibimos la vida de la fe a través de la Iglesia, ésta es nuestra madre... Porque es nuestra madre, es también la educadora de nuestra fe...” (C 169). “Como una madre que enseña a sus hijos a hablar ... la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe ...” (C 171).

Ahora cambiamos del objeto de la fe (“*La fe*”) al *acto* de fe.

9. Fe y libertad

“El acto de fe es voluntario por su propia naturaleza”³⁰ (C 160). La fe no puede forzarse más de lo que se puede forzar el amor.

Por consiguiente, el intento de amenazar o forzar a alguien a creer no sólo es moralmente erróneo sino también psicológicamente disparatado. Porque lo que se puede forzar es temor, no fe. La Iglesia condena la coerción en la religión: “En materia religiosa, ni se obligue a nadie a actuar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforma a ella, pública o privadamente...”³¹ (C 2106). “Cristo invitó a la fe y a la conversión, El no forzó jamás a nadie” (C 160). “Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza...”³² (C 160).

El creer lo que Dios ha revelado es someter nuestra mente a la mente de Dios. Esta sumisión no es contraria a la libertad humana o la dignidad humana. “Ya en las relaciones humanas no es contrario a nuestra propia dignidad creer lo que otras personas nos dicen sobre ellas mismas y sobre sus intenciones, y prestar confianza a sus promesas (como, por ejemplo, cuando un hombre y una mujer se casan)...” (C 154).

La fe es nuestro Sí a la propuesta de Dios de matrimonio espiritual. Este Sí es doblemente libre; proviene de nuestra libre selección y nos conduce a nuestra verdadera libertad, puesto que el Dios cuya propuesta aceptamos es Verdad (“Yo soy el camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6), y “la verdad os hará libres” (Jn 8,32)).

Sólo si creemos veremos “el esplendor de la verdad” (*Veritatis Splendor*). Puesto que cuando uno se casa con alguien es que conoce a él o ella plenamente, y sólo cuando aceptamos la propuesta de Dios de matrimonio espiritual, por la fe, conoceremos personalmente la verdad final, que es una Persona.

Pero esta Persona es un caballero. No nos forzará, sino que nos deja libre para seleccionar, Sí o No para él o en contra de él, y para ser don de vida eterna con él.

10. Fe y sentimiento

La fe no es algún estado de sentimiento en el cual nosotros mismos nos involucramos. Es mucho más sencillo que eso. Es simplemente creer en Dios y por consiguiente creer todo lo que ha revelado - no importa cómo nos sintamos. “Dios lo dijo, por lo tanto, cree y todo está resuelto”.

Los sentimientos están influenciados por las cosas externas, como las modas y novedades, el viento y el tiempo, la dieta y la digestión. Pero cuando Dios nos da el don de la fe, lo da desde adentro, desde dentro de nuestra propia libre voluntad.

El diablo puede influenciar nuestros sentimientos, pero no tiene control sobre nuestra fe.

No somos responsables de nuestros sentimientos (no libres), pero sí somos responsables de nuestra fe (libre).

Sin embargo, aunque la fe no es un sentimiento, con frecuencia *produce* sentimientos: de esperanza, paz, gratitud y confianza, por ejemplo. Y la fe también puede recibir ayuda de los sentimientos: por ejemplo, cuando nos sentimos confiados o agradecemos a alguien, Dios u hombre, es mucho más fácil para nosotros creerle que cuando nos sentimos desconfiados o desagradecidos.

Pero aun cuando no nos sintamos confiados o tranquilos, todavía podemos creer. La fe no depende de sentimientos. Depende de hechos: hechos revelados divinamente.

Hay una parábola china sobre fe y sentimiento. Hecho, Fe y Sentimientos son tres hombres que caminan a lo largo del tope de una pared. Mientras la Fe mantiene sus ojos en el Hecho, que va delante de él, los tres continúan caminando. Pero cuando Fe quita los ojos de Hecho, y se voltea para ver cómo le va a Sentimiento, tanto Fe como Sentimiento se caen de la pared. (Pero Hecho nunca se cae).

La fe incluye creencia, pero es más que creencia. He aquí algunas de las diferencias:

La creencia es un acto de la mente; la fe es también un acto de la voluntad.

La fe es un acto por el cual una persona le dice a otra: “Escojo confiar en ti y creerte”.

El objeto de la creencia es una idea; el objeto de la fe es una persona.

La creencia sola no es algo por lo que uno muere. Pero la fe sí lo es. La fe es también algo por lo cual vivir cada momento.

La creencia sola no es suficiente para salvarnos del pecado y llevarnos al cielo. “¿Tú crees que hay un solo Dios? Haces bien. También los demonios creen y tiemblan” (St

2,19). Pero la fe sí nos salva. Hemos “recibido de la fe [nuestra] justificación” (Rom 5,1), si es una fe que está viva y así produce buenas obras (cf. St 2,17).

Los no católicos quienes, sin culpa alguna de parte de ellos, no creen que la fe católica es verdadera aun se pueden salvar, por la fe en sus corazones que los lleva a amar y buscar a Dios. Porque Cristo prometió que “pedid y se os dará” (Mt 7,7). Así que aunque la creencia sin fe no puede salvar a nadie, la fe sin la creencia correcta sí puede.

12. Fe como un don de Dios

La fe católica nos llega de Dios a través de la Iglesia, nuestra madre y maestra (C 169). La fe, resumida en los credos de la Iglesia, nos llega no de la Iglesia sino de Dios a través de la Iglesia – así como nuestra vida corporal viene de Dios a través de nuestras madres.

El *acto* humano de la fe también nos llega de Dios, a través del Espíritu Santo, que le da inspiración. Es un don de Dios.

O sea, la fe nos llega desde afuera, mientras que el *acto* de la fe nos llega desde adentro, pero ambos son dones de Dios.

Dios ofrece a cada uno el don de la fe, en ambos sentidos. Todos tienen la libre voluntad de aceptarlo o de rechazarlo, al punto de que lo saben. Nadie puede verdaderamente decir: “Quiero creer, pero Dios sencillamente no me ha dado todavía el don de la fe, por lo que es su falta, no la mía, el que yo sea un incrédulo”.

Quizás tal persona no comprende lo que la fe es, y piensa de ello como alguna experiencia mística irresistible, o alguna luz repentina, innegable de certidumbre. Por el

contrario, es como si uno prometiera lealtad a un rey, o a un amigo, o a un cónyuge: es una elección.

13. El efecto de la fe

¿Qué *hace* la fe? ¿Cuál es su poder, su resultado, su efecto?

El resultado de la relación sexual es (con frecuencia) una vida física nueva en el cuerpo de la mujer. El resultado de la fe es (siempre) una nueva vida espiritual en el alma del creyente: la vida de Dios mismo. Por esto es que Cristo vino a la tierra: “para que tengan vida [zoe, vida sobrenatural] y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). “A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre” (Jn 1,12). Se usan muchas expresiones diferentes para este resultado de fe: “salvación”, “vida eterna”, “vida sobrenatural”, “regeneración”, “gracia santificante”, “justificación”, “santificación”, o “ser nacido de nuevo”.

El principio se repite con frecuencia en el Nuevo Testamento de que si creemos nos salvaremos; si no, no (por ejemplo, Jn 3,36). La fe es necesaria para la salvación - no porque Dios arbitrariamente lo decretó sino por lo que es la fe y lo que es la salvación. Si dejamos que Dios habite en nuestras almas (eso es lo que la fe es), entonces tendremos a Dios en nuestras almas (eso es lo que la salvación es); si no se lo permitimos, no lo tendremos (porque Dios respeta nuestro libre albedrío). La fe es más como abrir un grifo que el aprobar una prueba. Si uno no abre el grifo de la fe, uno no recibirá el agua de salvación.

Después de la muerte, quienes tienen la vida de Dios en sus almas vivirán en el cielo en unión con él por siempre, y quienes deliberadamente se han negado estarán desprovistos de su vida por siempre. Esta es la esencia del infierno: estar

sin Dios, la fuente de todo bien y de toda alegría. Las imágenes bíblicas de fuego y tortura probablemente no se deben tomar literalmente, pero ciertamente son para tomarse en serio. Porque ¿qué podría ser más serio que la pérdida de Dios para siempre?

Por eso, no hay nada que haga una mayor diferencia que la fe.

14. Fe y amor

Esta nueva vida de Dios en nuestras almas es como una planta. Tiene tres partes. La fe es su raíz, su comienzo. La esperanza es su tallo, que crece hacia arriba hacia el cielo. El amor es su fruto, o su flor, la parte mejor y más bella. “Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad” (1 Cor 13,13).

La fe es invisible. Sólo Dios la puede ver. Las obras de amor hacen visible nuestra fe a otros, como los frutos de una planta muestran qué clase de planta es. “Por sus frutos los reconoceréis” (Mt 7,20).

“La fe, si no tiene obras, está realmente muerta” (St 2,17). Si tenemos la fe viva, amaremos, y si amamos a Dios, le obedeceremos. “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos” (Jn 14,15). El efecto natural de la fe es la obediencia. “Por la fe, Abraham obedeció” (Heb 11,8). “Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma” (C 144) - porque ella dio el sí a Dios con todo su ser (Lc 1,38).

Las buenas obras - las obras de amor - son un requisito para la salvación tanto como es la fe, así como las rosas son un requisito para un ramo de rosas. La fe sola no es la salvación, así como las raíces solas no son una planta.

15. *Fe y obras*

La mayoría de los protestantes, siguiendo los escritos luteranos, creen que la fe sola es suficiente para la salvación. La Iglesia Católica, siguiendo el Nuevo Testamento (Mt 25; St 2), enseña que las buenas obras también se requieren. Este fue el asunto individual más importante de la Reforma Protestante, una división trágica en la historia de la Iglesia.

Pero tanto protestantes como católicos están comenzando a ver que sus dos posiciones aparentemente contradictorias podrían estar diciendo esencialmente lo mismo con palabras diferentes, palabras que parecían contradictorias pero que quizás no lo eran. Volviendo a los datos comunes - Las Escrituras - revelan que las dos palabras claves, “fe” y “salvación” se usan en dos sentidos: a veces de formas más estrecha y a veces más amplia.

- 1) En su carta a los Romanos y en su carta a los Gálatas, por ejemplo, San Pablo usa “fe” con sentido amplio, para significar aceptación de Dios y su ofrecimiento de salvación en Cristo. Esta es la libre selección de la voluntad que nos salva. Pero en 1 Corintios 13, Pablo usa “fe” en un sentido más estrecho al distinguir la fe de la esperanza y el amor, y dice que el amor es más grande. Y Santiago usa fe en un sentido más estrecho cuando dice que la fe sola no nos salva. Es decir, solo la creencia intelectual no nos salva.
- 2) Las Escrituras también usan “salvación” en dos sentidos, amplio y estrecho. La “salvación” en el sentido amplio incluye la “santificación”, el ser hecho santo; y éste es un proceso que requiere no solo fe sino también buenas obras. La “salvación” en el sentido más estrecho significa simplemente ser aceptado por Dios, o “justificado”, perdonado del

pecado, el estar en un “estado de gracia”. Los católicos están de acuerdo con los protestantes de que en este sentido más estrecho de “salvación” podemos ser salvados por la fe sola - o sea, por la “fe” en el sentido amplio, fe que es una selección de la voluntad, no sólo una creencia del intelecto. La fe es lo que permite la vida de Dios en nuestra alma. El ladrón en la cruz (Lc 23,33-43) no tenía tiempo para las buenas obras, pero su fe lo salvó.

Para resumir, entonces:

- 1) no estamos ni justificados (perdonados) ni santificados (hechos santos) solo por la fe intelectual (creencia);
- 2) *estamos* justificados por la fe de la voluntad, o por la fe del corazón, solo;
- 3) pero esta fe necesariamente producirá buenas obras;
y
- 4) no somos *santificados* solo por la fe en ninguno de esos sentidos, sino solo por la fe además de las buenas obras.

Una analogía: una mujer queda embarazada por su fe en un hombre, al permitir quedar embarazada. Ella no queda embarazada meramente por creencias intelectuales correctas sobre él. Esta fe, o confianza, es suficiente para comenzar su embarazo, pero ella tiene que seleccionar realizar las obras que la nutren y completan (por ejemplo comiendo las comidas correctas).

La doctrina protestante de “justificación por la fe sola” contradice las Escrituras. San Pablo nunca dice que estamos justificados *sólo* por la fe, y Santiago explícitamente dice que *no* estamos justificados solo por la fe (St 2,24).

Pero los protestantes nos pueden recordar de una verdad infinitamente importante que con frecuencia olvidamos: que no nos salvamos solo por las buenas obras; que no podemos comprar nuestro pasaje al cielo con “suficientes” buenas obras; que ninguno de nosotros puede merecer el cielo; y por consiguiente si uno fuera a morir esta noche y reunirse con Dios, y Dios te preguntara por qué te debería dejar entrar al cielo, si tú fueras un cristiano tu respuesta no debería comenzar con la palabra “yo” sino con la palabra “Cristo”.

16. Fe y razón

La fe nunca puede contradecir la razón, cuando la razón se usa apropiadamente, aunque la fe va más allá de la razón. Como una revelación de Dios, la fe católica nos dice muchas cosas que la razón humana nunca podría haber descubierto por sí misma. Pero la fe y la razón son ambos caminos hacia la verdad, y la verdad nunca contradice la verdad.

Hay un solo Dios que es la fuente de toda verdad, no importa si esa verdad se conoce por medio de la fe o la razón; y Dios nunca se contradice. Dios es como un maestro que escribió dos libros y los usa para enseñar: la razón natural y la revelación sobrenatural. No hay contradicciones entre los dos libros puesto que ambos provienen del mismo autor.

De esto se deriva que cada argumento en contra de la verdadera fe, cada objeción a la fe, conlleva algún error al usar la razón. Malinterpreta el significado de algunos términos, o asume alguna premisa falsa, o comete algún error al razonar, algún error lógico.

La fe no está en desacuerdo con la ciencia (C 159). Hay miles de verdades que componen la fe católica, y miles de millones de verdades que las ciencias han descubierto; y sin

embargo no hay ninguna contradicción real siquiera entre dos de ellas.

Cuando parece que hubiera tal contradicción - por ejemplo, entre la creación y la evolución - siempre resulta que no hay una verdadera contradicción después de todo. Una o ambas han sido mal interpretadas. Por ejemplo, la doctrina de la creación no indica explícitamente cómo o cuándo Dios hizo el cuerpo del hombre “con polvo del suelo” (Gn 2,7): y la Teoría de la Evolución (que es una teoría, ¡no un dogma!) no expresa cómo se hicieron las almas, sólo los cuerpos (¡las almas no dejan fósiles!) Ni tampoco la Evolución expresa de dónde provino la primera materia que comenzó a evolucionar.

No sólo la fe *no contradice* la razón, sino que la razón *conduce* a la fe, descubre claves para la fe, buenas razones para la fe. Estas incluyen:

1) el poder de los Evangelios, y de la figura de Cristo que se encuentra ahí, para mover las almas de los lectores;

2) los milagros de Cristo, que continúan hoy en diversos lugares a través del mundo;

3) profecías cumplidas (Cristo en los Evangelios cumplió cientos de diferentes profecías específicas del Antiguo Testamento respecto al Mesías);

4) la historia de la Iglesia:

a) su fidelidad a su doctrina, nunca abandonando ni contradiciendo cualquier punto de ella, a pesar de las numerosas presiones para hacerlo tanto desde adentro como desde afuera, y a pesar de la debilidad intelectual y moral de sus maestros humanos;

b) el haber sobrevivido durante 2000 años, a pesar de las persecuciones de afuera y los pecados y las tonterías de adentro;

c) su crecimiento, su vivacidad, su eterna juventud, su producción de nuevos santos para cada época; y

d) la gracia y alegría de sus santos. Si la fe católica no es una verdad sobrenatural, ¿cómo pudo haber producido tanta bondad sobrenatural? ¿Pueden la verdad y la bondad contradecirse mutuamente? ¿Cómo podrían los dos ideales más perfectos y absolutos de la humanidad llevar a direcciones opuestas? ¿Podría estar el corazón humano tan mal diseñado?

17. La fe como cosa cierta y a la vez un misterio

La fe no es simplemente brillante y radiante, como el sol del mediodía. Ni tampoco es simplemente oscura, como un hueco subterráneo. Es como un cielo lleno de estrellas en una noche clara, o como un rayo de luz brillante rodeado de oscuridad. La fe es *cierta*, pero también es *misteriosa*.

La fe católica es cierta. “Más cierta que todo conocimiento humano, porque se funda en la Palabra misma de Dios, que no puede mentir” (C 157). El objetivo (de por sí) cierto de la revelación de Dios no depende de la certitud subjetiva (en nuestras mentes) de nuestros sentimientos o razones. El objeto de la fe no es nada que tengamos en nosotros mismos; es Dios. Nuestra fe no se encuentra en nuestra fe, sino en nuestro Creador. Estamos ciertos no de nuestras mentes, sino de la mente de Dios.

La fe es también misteriosa, por esa mismísima razón: porque su objeto es Dios. Dios es infinito, y nuestra comprensión es finita. Como dijo San Agustín, sería más fácil echar todo el océano en un dedal que poner todo Dios en nuestra mente.

Pero la fe naturalmente busca comprensión. (“La fe buscando comprensión” fue la definición de sabiduría

cristiana para los filósofos medievales). Si amamos y confiamos en una persona – hombre o Dios – queremos conocerlo mejor. Una fe sin curiosidad es como una semilla que no crece. La indiferencia está más alejada de la fe que la duda o la rebelión.

La fe es como una luz brillante (certeza) rodeada de oscuridad (misterio), una luz que continúa creciendo e iluminando nuevas áreas de la oscuridad.

18. Fe y belleza

A través de la historia, la fe católica ha producido grandes obras de belleza, tan naturalmente como el sol produce reflejos en el agua: en la música, poesía, pintura, escultura, baile, obras escénicas, novelas, y arquitectura. Por ejemplo, esas catedrales góticas medievales que parecen piedra convertida en ángeles listos a despegar de la tierra hacia el cielo – fueron construidas por la fe: fe en la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía. Fueron construidas para albergar la celebración de la Eucaristía, para glorificar la presencia de Cristo allí.

La fe católica naturalmente produce belleza porque el Dios que es a la vez el objeto de esta fe y su autor es la fuente final e inventor de toda belleza, tanto en la naturaleza como en la mente del artista humano.

La belleza mayor que produce la fe es la santidad. Lo más bello que jamás veremos en esta vida es el carácter y la vida de un santo, puesto que nada más próximo se asemeja a Dios. La vista más bella que jamás apareció en esta tierra fue Jesucristo, belleza divina en la carne humana, “lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14) – como la “gracia” de un gran bailarín o un jugador de fútbol. ¡Sus “movidas” fueron perfectas! Los Evangelios son los más bellos de todas las obras de arte

puesto que son portarretratos en palabras del hombre de la Palabra de Dios, el Dios-hombre, el Autor que se convirtió en personaje de su propia historia.

Aun así el divino Inventor de toda la belleza del mundo, cuando se convirtió en hombre, “no tenía apariencia ni presencia, y no tenía aspecto que pudiésemos estimar” (Is 53,2). Un hombre torturado y muriéndose en la cruz no *parece* bello. Sin embargo, esto es lo más bello que jamás sucedió: Dios muriendo por nosotros, por nuestros pecados como una manifestación de su amor incomprensible, infinito. La cruz es supremamente bella puesto que fue la labor suprema de amor, y el amor es belleza suprema.

19. Fe y tribulaciones

Dios prueba nuestra fe al permitirnos sufrir. Él no nos *hace* sufrir, pero lo permite. No nos protege milagrosamente del sufrimiento aunque pudiera. Hace esto para que aprendamos a confiar más en él; lo hace para que maduremos y fortalezcamos nuestras almas y así para aumentar nuestra felicidad final.

Dios también pone a prueba nuestra fe permaneciendo invisible, para que así tengamos que *creerle* en vez de verle. El se *podría* manifestar a sí mismo en constantes despliegues milagrosos, pero no lo hace *por consideración a nosotros*. Porque mas “dichosos los que no han visto y han creído” (Jn 20,29).

El pone a prueba nuestra fe para fortalecerla, de la misma forma en que un jardinero poda una planta, o un herrero forja hierro en el fuego, o una atleta entrena sus músculos con el ejercicio.

Es por esto que se retira un poco y deja que se le olvide, o ignore, o hasta que se le rechace. Si no *pudiéramos*

rechazarlo, nuestra fe no podría ser una libre selección. Es “el Padrino” quien te hace “una oferta que no puedas rechazar”, no Dios el Padre.

No necesitamos tener fe en la luna: la podemos ver. No necesitamos tener fe en una ecuación: la podemos probar. Pero tenemos que tener fe en la bondad de nuestros amigos, nuestros padres, nuestro cónyuge. Dios es más como un amigo, un padre, o un esposo, que como la luna o una ecuación.

20. “Perdiendo tu fe”

Nadie “pierde” su fe, como se pierde un reloj. La fe nunca se pierde en contra de nuestra voluntad, como tampoco se selecciona en contra de nuestra voluntad. Nosotros *escogemos* creer y *escogemos* no creer.

Algunas de las causas principales por la que escogemos no creer son (ver C 29):

- 1) la rebelión contra el mal en el mundo, y contra el Dios que no actúa con la prontitud que nos gustaría para derrotar el mal;
- 2) la ignorancia o el mal entendido respecto a la fe;
- 3) la indiferencia o pereza;
- 4) los afanes del mundo, “no teniendo tiempo para la religión” (o sea, no *sacando* tiempo para Dios);
- 5) los afanes de las riquezas y las cosas que se pueden comprar con dinero, “sirviendo a la criatura en vez del Creador” (Rom 1,25);
- 6) el escándalo del mal ejemplo de los creyentes;
- 7) las corrientes de pensamientos hostiles a la religión en una sociedad secular;

- 8) el negarse a arrepentirse y desistir de algún pecado que a uno le gusta;
- 9) miedo a lo desconocido, miedo a soltar algo y a darle a Dios un “cheque en blanco”, miedo a confiar en él;
- 10) miedo de sufrir rechazo o represalias de la familia, amigos o de las autoridades seculares;
- 11) orgullo, la exigencia de “jugar a ser Dios”, de estar en control, de salirnos con la nuestra; y
- 12) la dificultad de confiar en Dios como Padre si hemos experimentado familias rotas y padres humanos ausentes o carentes de amor.

Pero se puede responder a cada una de estas “razones”.

21. Las respuestas de la fe

- 1) La respuesta de una palabra de la fe al problema del mal es: Espera. Dios *conquistará* todo mal, a su debido tiempo, al final de cuentas. Pero tenemos que pasar por el medio de la historia para llegar al final.
- 2) Un curso o un cuadernillo como éste, o el *Catecismo*, o un sacerdote sabio o bueno, por lo general pueden aclarar los malos entendidos.
- 3) Si conociéramos a Dios como sus amigos más cercanos, los santos, lo conocen, nunca estaríamos aburridos o indiferentes a él. Si nos aburre la teología católica, la moralidad o la liturgia, se debe a que no nos damos cuenta que son la verdad respecto a *este Dios*, la buena voluntad de *este Dios*, y la celebración de la presencia de *este Dios*.
- 4) Si es tonto negarse a entregar diez dólares para ganar un millón, es aún más tonto negarse a dedicar un poco de tiempo para ganar la eternidad.

- 5) Todo lo que buscamos, deseamos, amamos y disfrutamos en las cosas de este mundo, las cosas que esperamos el dinero puede comprar - el placer, la belleza, la libertad, el poder, la paz, la emoción, la felicidad - se ha de encontrar en Dios multiplicado a la infinidad. Como dice San Agustín, "Busca lo que busques, pero no se encuentra donde lo buscas".
- 6) ¿Nos negamos a amar porque hay algunas personas malas que aman? ¿nos negamos a casarnos porque hay algunos malos esposos y malas esposas?
- 7) Si uno tuviera que elegir entre los dos, ¿cuál es mejor - ser aceptado por Dios para siempre y ser rechazado por algunos hombre por un poco tiempo, o ser aceptado por algunos hombre por un poco de tiempo pero rechazado por Dios para siempre?
- 8) Todos somos pecadores, adictos al pecado. A todos se nos hace difícil desistir de los pecados a los que uno está apegado, aun luego de que creemos (aunque es mucho más fácil y placentero entonces). Pero la pregunta no es si *podemos*, sino si *queremos*, si estamos dispuestos a que Dios obre en nosotros. Nosotros no podemos, pero él puede, y lo hará, si lo dejamos. Y todos los que lo han hecho dicen lo mismo: que es una liberación gozosa, como estar libre del hábito de las drogas.
- 9) El nacer, el enamorarse, el casarse, o el viajar a un nuevo lugar son experiencias de lo desconocido. Todas las alegrías más grandes de la vida provienen de liberarnos de algo.
- 10) Jesús nos prometió: "y todo aquel que haya dejado, casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o

hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará vida eterna” (Mt 19,29).

- 11) El orgullo fue el primer pecado. El pecado de Satanás, quien resintió ser el Número Dos, después de Dios. No obedecía la voluntad de Dios, sino la suya. (“Mejor reinar en el infierno que servir en el cielo” – Milton). Esta es también una filosofía de vida egoísta, de niño malcriado: “Quiero lo que quiero cuando lo quiero”. Dos modelos más bien necios por los cuales guiarnos para vivir, ¿no les parece?

12) Sabes, de la amarga experiencia pasada, que donde no hay fe ni confianza no puede haber alegría. Conoces el pasado: pero no conoces el futuro. No sabes si tu confianza te volverá a desilusionar de nuevo, por Dios, como lo hizo el hombre. Pero sabes que tu única esperanza, tu única esperanza de alegría, en la tierra y en el cielo para siempre, es confiar y amar. Si los hombres traicionaron tu confianza esa es una razón adicional para confiar en Dios. No es razonable rechazar el único bote salvavidas que te pueda salvar cuando todos los otros botes se han hundido.

22. Fe y Cristo

La fe católica tiene una respuesta, a fin de cuentas, para todos los doce problemas, de hecho, una respuesta para todos los problemas: Jesucristo, la única respuesta que Dios proveyó. “Mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades con magnificencia, conforme a su riqueza, en Cristo Jesús” (Flp 4,19).

Cada hogar católico y cada creyente católico debería tener un crucifijo. Porque ahí se encuentra la respuesta a toda duda, tentación y tribulaciones. (En la realidad que refleja, no

sólo en la imagen de ello). Por ejemplo, el problema de sufrimiento e injusticia. La respuesta de Dios no es una explicación, sino una obra: él no da vueltas en el aire como un pájaro sino que bajó y lo compartió como un hombre, como una víctima. En vez de decirnos por qué no llorar, él lloró con nosotros (Jn 11,35). Cristo es las lágrimas de Dios. Y Cristo es el conquistador de lágrimas, y de la muerte.

Esa es nuestra fe. Esa es “la esperanza segura y cierta de la Resurrección”.

Notas del Catecismo en el orden en que aparecen en Citas usadas en esta sección:

- ⁸ Sínodo de los Obispos 1985, Relación final II, B, a,4.
- ⁴⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II, II, 1.2, ad 2.
- ⁴⁸ Cf 1 Tm 6, 20; 2 Tm 1, 12-14.
- ³³ San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, 2, 22, 3-5: *Biblioteca Mística Carmelitana*, v. 11 (Burgos 1929), p. 184
- ⁴⁷ DV7.
- ³⁰ DH 10; cf. CDC, 748 § 2.
- ³¹ Concilio Vaticano II, *Dignitatis humanae*, 2.
- ³² DH 11.